

APENDICE

La juventud y el medio

*Informe sobre una conferencia técnica en Estocolmo, Suecia*¹

ANTHONY R. MAY², JACK H. KAHN³ y BÖRJA CRONHOLM⁴

INTRODUCCIÓN

EN el transcurso de estos últimos años, han venido a ser de uso corriente expresiones como “la rebelión de la juventud”, “el poder estudiantil” y “el abismo entre las generaciones”. Ya no es posible desechar como simples aberraciones de una minoría excéntrica, fenómenos como el culto hippie y la protesta estudiantil. Sin duda alguna, son estos síntomas de un profundo y general malestar.

Los mismos jóvenes tienden a culpar de ello a una sociedad que es hostil a los ideales y aspiraciones de la juventud. Pretenden no ser ellos los inadaptados, sino el mundo en que viven. Si bien pudiera ser ésta una explicación en exceso simplista, lo que sin duda es cierto es que sus problemas surgen ante la dificultad de satisfacer las exigencias de una sociedad organizada tecnológicamente. Para llegar a adquirir el sentido de la personalidad, el adolescente ha de aprender a establecer relaciones dentro de la familia, de los grupos culturales, profesionales y sociales, y el no hacerlo así puede desembocar en dificultades del comportamiento e incluso en la franca enfermedad mental.

Se basa este informe en los documentos de trabajo y en las deliberaciones de una conferencia técnica sobre la salud mental de los adolescentes

¹ Editado por el Departamento de Educación para la Salud (Subsecretaría de Salud Pública de la Nación), Serie 4, N° 1, 1971. Este informe comprende dos partes más (Serie 4, N°s 2 y 3), que resumen otros temas tratados en la mencionada conferencia (9-13 junio 1969).

² Funcionario Regional de Salud Mental, Organización Mundial de la Salud, Oficina Regional para Europa, Copenhague, Dinamarca.

³ Psiquiatra de colectividad, Distrito de Newham, Inglaterra.

⁴ Profesor de psiquiatría, Clínica Psiquiátrica Universitaria, Hospital Karolinska, Estocolmo, Suecia.

y las personas jóvenes, que celebró la Organización Mundial de la Salud (OMS), en colaboración con el gobierno de Suecia, del 9 al 13 de junio de 1969 en Estocolmo, y en la que participaron psiquiatras, administradores de salud pública, pediatras, psicólogos, asistentes sociales, maestros, enfermeras y personas interesadas en los aspectos jurídico o penal del comportamiento juvenil. Constituyó una característica especial de la conferencia la reunión de un cuadro técnico integrado por un grupo de jóvenes, del que formaban parte representantes de los elementos "normales" y "antisociales" de la juventud actual.

Entre los problemas concretos de salud mental que hubo de estudiar la conferencia figuraban la delincuencia juvenil, la farmacodependencia y las dificultades de enseñanza. Fueron objeto de discusión las medidas preventivas, diagnósticas y terapéuticas, y también los servicios públicos médicos y sociales para los jóvenes.

Ante la gran diversidad de temas examinados, fue obligado que gran parte de las deliberaciones tomaran un carácter muy general. Pese a ello, es de esperar que este informe arroje alguna luz sobre los principales problemas de salud mental con que tropiezan hoy los jóvenes y que contribuya a hacer ver la importancia que revisten no sólo para los especialistas profesionales, a quienes más de cerca interesa, sino también para la sociedad en general.

EL JOVEN COMO INDIVIDUO

Las expresiones "la juventud" y "los jóvenes" no tienen una definición exacta. El valor de las definiciones basadas en límites cronológicos de edad, por ejemplo 15-25 años, es relativo; varía no sólo según el individuo de que se trate, sino también la sociedad y cultura en que viva. Cambian también entre las diversas sociedades los criterios como la edad en que deben las personas acudir a la escuela para recibir educación obligatoria o en que están en libertad de ponerse a trabajar, o de casarse y poner casa. Quizá resulte más constructivo si no más preciso, equiparar a la juventud con un estado de espíritu, un nivel de desarrollo psicosocial dominado por la imaginación, el deseo de aventura con el fin de establecer y afirmar la propia personalidad.

El comportamiento de los jóvenes está en gran parte condicionado por las presiones biológicas, psicológicas y sociales a que están sujetos hasta llegar a la pubertad. El feto, en cualquier momento, a partir de la concep-

La juventud y el medio

ción, puede estar expuesto a riesgos diversos cuyos efectos perjudiciales pueden ejercer una profunda influencia en la vida posterior. Aunque se haya librado de los traumas obstétricos o la premadurez, el recién nacido no es una "página en blanco" sino que lleva ya inscriptos los detalles de un pasado genético.

La herencia y los acontecimientos de la vida intrauterina pueden ser factores de una predisposición, pero preciso es subrayar que por sí solos no condicionan la conducta del individuo. Por el contrario, las circunstancias relacionadas con el desarrollo y la educación del niño en el seno de su familia o en el medio social, sí pueden determinar su capacidad para obrar como individuo y como miembro de la sociedad.

Toda privación padecida en los comienzos de la vida, en cualquiera de los aspectos, emocional, nutricional o social, puede constituir una amenaza para su desarrollo psicológico y físico. Cuando se vive en una situación de máxima privación y desamparo y la vida económica y social se ve parcialmente paralizada por las enfermedades endémicas, la malnutrición y la falta de higiene, el problema es sobrevivir, y todos los recursos se aplicarán a elevar los niveles y condiciones fundamentales de vida. En situaciones más favorables, en las que la salud depende menos del mejoramiento del medio, habrá que consagrar más esfuerzos a mejorar las condiciones de la vida familiar y social, a la organización de los servicios sociales, a la educación y la vocación profesional y a la rehabilitación de los inadaptados y deficientes.

Aun dentro de la misma sociedad, el crecimiento y el desarrollo varían según la clase social, en lo que a salud física y mental se refiere. Gracias a los adelantos de las ciencias médicas y a la ampliación de los servicios sociales, hace ya algunos años que las diferencias entre las clases sociales en crecimiento somático y el índice de madurez física de los niños no son tan marcadas como antes. En cambio, en lo que respecta al desarrollo mental, sigue habiendo diferencias importantes que están íntimamente relacionadas con los niveles socioeconómico y cultural en el hogar. Son la familia y el nivel social los que vienen a determinar en gran parte el desarrollo y las posibilidades intelectuales.

Son importantes las repercusiones que ha tenido en la salud mental de los jóvenes el acelerado ritmo del progreso científico y técnico que es rasgo eminente de nuestra época, como consecuencia del abismo que se abre entre la madurez intelectual y la madurez social.

Desde los comienzos del siglo, han venido elevándose los niveles de la

nutrición, la medicina y la higiene, y como resultado de ello se elevan la estatura y el peso de los niños, las mujeres alcanzan antes la pubertad y, en general, la resistencia a las infecciones es mayor que nunca. Asimismo se ha modificado la madurez intelectual al variar los métodos y el contenido de los programas de enseñanza y surgir nuevos y mejores medios de comunicación.

Frente a esto, la madurez social, que se refleja en el desarrollo de la personalidad, ha permanecido inalterable. Los progresos técnicos que han acelerado el desarrollo humano en otros aspectos, no han influido en la capacidad de comprensión y de juicio de los niños, que en nada se ha beneficiado de ello. No sería difícil hallar ejemplos de esta discrepancia, pues claramente nos lo ofrecen las formas comunes de la delincuencia juvenil en la que los delitos se cometen con técnica de adulto pero con una motivación pueril.

Para proceder al estudio de la persona joven como individuo es menester tener en cuenta el fenómeno de la pubertad, que es una fase complicada del desarrollo que influye en la total personalidad. Es el anuncio de un ansia de independencia y de la ruptura de lazos ignorados hasta entonces. Adopta la forma de una transición biológica y psicológica, que se extiende por un período de tiempo cuya longitud depende no sólo del individuo, sino de la sociedad y la época en que vive.

La transición biológica se refleja igualmente en las variaciones morfológicas y endocrinas. Se distingue la transición psicológica por el paso de unas reacciones emocionales relativamente tranquilas a otras relativamente alteradas. Anhelos que despiertan conciencia de las consiguientes frustraciones, sensaciones de inseguridad, todo esto puede manifestarse en el comportamiento emocional, que varía de intensidad según la comprensión y la tolerancia de familiares y amigos. Para muchos adolescentes, la pubertad puede ser el comienzo de un círculo vicioso de alteración de la conducta, que va de la inseguridad a la angustia, de la angustia a la agresión y de la agresión a una mayor inseguridad. Este ciclo, en determinadas circunstancias, puede alcanzar una intensidad patológica y desembocar en la inadaptación social y en la delincuencia.

Puede ocurrir en tales casos que la inadaptación no sea la del joven, sino la del medio, incapaz éste de satisfacer las necesidades fundamentales de aquél. Con frecuencia, las reacciones a la delincuencia juvenil son el reflejo de defensa de una sociedad que, en esa falta de adaptación de la conducta, prefiere ver una manifestación patológica del individuo y no,

La juventud y el medio

como puede ocurrir realmente, los defectos de la misma sociedad. Pueden producirse análogas anomalías de actitud social en relación con el despertar de la sexualidad en el adolescente, con su consiguiente conflicto entre el placer y la culpabilidad. Es probable que la ansiedad que lleva consigo esta fase del desarrollo se acentúe cuando, por una parte, se señalen los impulsos como impuros y, por otra, vengan a ser estimulados por la explotación comercial del erotismo a través de los medios de comunicación de masas.

¿Qué es, pues, lo que caracteriza el estado de espíritu de los jóvenes de hoy y determina en gran medida su comportamiento como individuos y en grupo?

Ante todo, les es necesario afirmarse como sector independiente de la sociedad cuyas necesidades y aspiraciones, a su entender, no reconoce o desatiende la generación de edad más avanzada. Después, se niegan a confiar en las normas y valores establecidos por esa generación. Todo se pone en tela de juicio: la familia, la educación, la religión, la civilización. El ejemplo más reciente y más profusamente difundido de esta actitud han sido las manifestaciones estudiantiles en todo el mundo. Este fenómeno se ha querido explicar de distintas formas, especialmente atribuyéndolo a la incertidumbre de los estudiantes acerca de su porvenir: en Francia, por ejemplo, se han matriculado 700.000 estudiantes en las universidades, y para ellos habrá de resultar más difícil hallar empleo que para los 30.000 que se matricularon en el primer cuarto de siglo. Además, las poblaciones estudiantiles, mejor educadas y cada vez más numerosas, comienzan a rechazar esa hipótesis de que se les enseña lo que necesitan para ponerlos en condiciones de atender a las obligaciones que les impongan las variables situaciones económicas y sociales de nuestros días. Si critican la sociedad de consumo es porque su ideal de una mayor productividad, ya tenga por objeto la comodidad material, la conquista del espacio o la potencia militar, no le da a la vida un sentido de utilidad, que es lo que busca el adolescente.

Habrà que preguntar si la pugna actual, que nace de la distancia entre la madurez física y psicológica de una parte y la madurez social de otra, es un fenómeno pasajero o, por el contrario, hay que aceptarlo como un hecho que cada vez es más probable que se produzca en todas las sociedades sumamente desarrolladas. Al analizar los problemas de la inadaptación individual, resulta difícil establecer la diferencia entre la importancia de los elementos biológicos y los sociales, aunque no cabe duda de que en lo futuro será menester dedicar más atención a las necesidades sociales de

los niños y los jóvenes y buscar la manera de que la madurez social vaya a la par con el desarrollo físico e intelectual acelerado.

LA JUVENTUD Y LA EDUCACIÓN

Para la mayoría de los jóvenes de las sociedades industrializadas, el haberse extendido las posibilidades educativas hasta la adolescencia, prolongándose así su niñez social hasta muy avanzada la pubertad, es un fenómeno nuevo al que todavía no se han acomodado los educadores (Gorner, 1961).

Cada vez es mayor la carga de conocimientos que los jóvenes han de tomar sobre sí, y han de someterse además a unos sistemas de examen que encierran conceptos antiguos de educación y perpetúan la rígida clasificación ortodoxa de las personas por criterios "intelectuales" —de los que desconfía cada día más la juventud, pues su validez se basa únicamente en normas académicas— que exaltan la "prueba de la memoria" o la productividad dentro de unos reducidos límites de tiempo. Los nuevos conceptos acerca de la evaluación de las aptitudes humanas ganan terreno, pero lentamente (Morris, 1964).

En la mayoría de las escuelas y universidades, sigue imperando el criterio de que a los adolescentes y a los jóvenes les falta capacidad para dirigirse a sí mismos, por lo que no se puede fiar en ellos para que elaboren programas docentes ni normas para la vida cotidiana en auténtica colaboración con sus mayores. Es preciso someterlos a una disciplina, y existe la posibilidad de que a los mismos maestros, sobre todo a los de categoría inferior, los consideren sus colegas de la superioridad incapaces de tomar iniciativas, por lo que esas escuelas y universidades resultan típicamente autoritarias en cuanto a procedimientos y estructura jerárquica.

Es evidente que entre los alumnos, los estudiantes y grandes sectores del personal de las instituciones docentes, es general el deseo de consulta, participación y colaboración en los procedimientos y decisiones de interés común. La juventud sobre todo, ha dejado sentado con claridad que es mucho más madura y potencialmente responsable de lo que estaba dispuesta a reconocer la generación anterior.

Si los jóvenes no están seguros de cómo han de sustituir lo que rechazan, saben al menos afirmar su derecho a que les traten como seres

La juventud y el medio

humanos responsables, proclamar la supremacía de la vida sensible sobre la pura intelectualización abstracta y expresar la necesidad de “ser” en lugar de “hacer” simplemente. Son muchas las protestas fundadas que implícitamente ponen en duda las hipótesis intelectuales y los conceptos filosóficos que han dado lugar al desarrollo de la tecnología moderna y de las modernas sociedades que han venido a crear un mundo impersonal en el que las personas se reducen a datos de un ordenador electrónico, con los que se puede manipular a voluntad.

Es natural que el ímpetu de los jóvenes y el carácter de los tiempos, creen exigencias, difíciles de satisfacer, de un cambio “instantáneo”. Ante esta situación, los adultos han de preocuparse menos del “problema de la juventud” y más de su capacidad para trabajar junto a los jóvenes —en las instituciones docentes y en otros lugares— a fin de crear un medio humano más viable.

Ciertamente, el conflicto entre los jóvenes y el sistema de enseñanza se ha agravado muchísimo. Además de causar trastornos dentro del propio sistema, se muestran en pugna con la sociedad adulta que está fuera de él. Pensando en cómo hacer frente a estos problemas, son muchos los que buscan la ayuda de la educación y de las instituciones docentes, reacción natural y lógica de una generación más vieja que no ha llegado a comprender la importancia de la rebelión de la juventud ni a crear un mundo en el que fuese innecesaria semejante rebelión. Cuando se nos pide ayuda para lograr la adaptación de la juventud, debemos preguntar: “Adaptación ¿a qué?” ¿Se pretende que los adaptemos, por ejemplo, a las desgracias e injusticias del mundo, al hambre y a la pobreza en medio de la abundancia? ¿O queremos que se acomoden a la comodidad de un empleo seguro y rutinario y a una mezquina y monótona existencia dentro de una pequeña colectividad cerrada?

Claro que no pueden aprobarse todas las expresiones de rebeldía de la juventud, pues sin duda contienen algunos elementos sumamente destructores. En las sociedades modernas hay muchas cosas dignas de ser conservadas y preciso es hallar el modo de conservarlas, pero colaborando al mismo tiempo con esos jóvenes ávidos de mejorar los aspectos peores y de tener intervención en el desarrollo del mundo en que viven.

Al abordar el estudio de estos problemas, será menester tener en cuenta las consideraciones ideológicas, tecnológicas y biosociales que actualmente influyen en el crecimiento y desenvolvimiento de los jóvenes. Además de éstas, existen otras consideraciones concretas de educa-

ción; entre ellas, la más notable quizás, sea la revolución de la enseñanza que, aunque lentamente, está ya en marcha. Se está sustituyendo ya ese modo de concebir la enseñanza como la transmisión de conocimientos (lo que supone una relación de dominio/sumisión entre el profesor y el alumno), por la idea de una transacción entre las generaciones que, pese a las desigualdades inherentes entre jóvenes y viejos, han de constituir fundamentalmente una actividad mutua.

El nuevo criterio supone que no debe utilizarse la enseñanza como un simple dispositivo de clasificación social basada por entero en la capacidad intelectual y haciendo caso omiso de una extensa gama de aptitudes humanas y necesidades individuales. Siempre que se sigue aplicando el método tradicional, son muchos los jóvenes que experimentan la sensación, cada vez más intensa, de que se está realizando algo impropio y fútil, y acaban por considerar la enseñanza como una especie de juego académico simplemente.

Es entonces cuando se solicita la asociación: una asociación que dé lugar a un cambio. Y aunque pudiera parecer que lo que se les pide a los adultos es que abduquen de sus responsabilidades, se advierte claramente la medida en que los jóvenes siguen dependiendo de la comunidad adulta. Lo que ansían los más reflexivos y maduros de esos jóvenes, no es la abdicación por parte de los adultos, sino una auténtica sociedad con ellos.

Teniendo esto en cuenta, podremos centrar nuestra atención en lo más esencial de esta cuestión. ¿No se podrá llegar a que las escuelas y los sistemas de enseñanza en general sean más acordes con la juventud actual en lo que respecta a valores humanos y a un futuro digno para el estudiante? Si para ello hay que hacer cambios, ¿qué problemas entrañan para nosotros los adultos y, sobre todo, para quienes somos maestros? Habremos de hacer frente a una serie de problemas harto graves.

1. ¿Qué vamos a hacer con nuestros celos de la libertad que hoy tiene el joven? ¿Qué educación sexual podremos dar tras los fracasos del adulto y los conflictos en esta esfera?

2. ¿Qué vamos a hacer con nuestra angustia, nuestra culpabilidad y nuestra envidia ante los experimentos de la juventud, cuando nosotros mismos consumimos drogas en gran cantidad y practicamos, en otros aspectos, lo que no recomendamos?

3. ¿Qué vamos a hacer con nuestros impulsos de dirigir y manejar a los demás, es decir, con nuestra necesidad de conseguir que el joven

nos obedezca? Esos impulsos forman parte de nuestra creencia, absolutamente irracional, de que estamos dotados para decirles lo que deben hacer.

4. Frente a la enorme tendencia a la conformidad que hay en las instituciones y, sobre todo, en la escuela, ¿podremos hallar la manera de que la escuela sea algo más que eso en que se está convirtiendo rápidamente: una institución que existe para sí antes que para el perfeccionamiento del individuo?

Esta última pregunta tiene un carácter crítico, pero no acaba ahí la cuestión. Es evidente que modificando la escuela hasta convertirla en un lugar donde los jóvenes puedan encaminarse hacia la participación en una colectividad más plenamente humana, no se habrán de resolver ni mucho menos todos los problemas de la juventud o de la sociedad, ni tampoco es posible provocar las variaciones necesarias adoptando medidas dentro de la escuela exclusivamente. La escuela no sólo forma parte de la sociedad, sino que es también uno de sus instrumentos, y en consecuencia tiene una responsabilidad ineludible en cuanto se refiere a finalidades de la educación.

LA JUVENTUD Y EL EMPLEO

En los países industrializados modernos, hay una gran diversidad de posibilidades de empleo y la estructura del mercado laboral está sujeta a rápidas modificaciones. Estos dos factores no sólo determinan las condiciones de empleo, sino que pueden también originar desacuerdos entre los jóvenes que no saben cuál es su situación en la sociedad. Singularmente, las condiciones de empleo que pueden ser objeto de una rápida variación pueden exigir nuevas facultades de adaptación del individuo, entre ellas un alto grado de movilidad social y de flexibilidad mental, que hasta el momento no han logrado la educación escolar en general, la formación profesional ni las normas socioculturales. Para adaptarse a esta situación, característica de la moderna vida industrial de trabajo, no es menester una sumisión apegada a las tradiciones del pasado, sino, antes bien, reconocer la paradoja de que para sentirse seguro en la estructura social del empleo hay que aceptar el dinamismo inherente al sistema industrial, dadas las condiciones actuales de la oferta y la demanda.

Uno de los factores que ejercen singular influencia en el proceso social de la instrucción es la ocupación; otros son la familia, la escuela,

los grupos de semejantes y las normas generales socioculturales; la huella conjunta de todos éstos es tan fuerte que sería difícil señalar la influencia concreta de ninguno de ellos. No obstante, acaso sea útil estudiar algunos de los efectos que causan las modernas condiciones de trabajo.

La mayor parte de la población se gana la vida mediante un empleo remunerado. Tal es la base de la existencia para los jóvenes de todas las clases sociales. Se da por sentado que la ocupación lleva consigo normas y requisitos y, sobre todo, que entraña subordinación. A poco que en ello se piense, la subordinación está relacionada con la calidad y el grado de autoridad jerárquicamente establecido. La expansión económica ha producido mejores niveles de vida y ha creado deliberadamente sistemas de seguridad social, que los jóvenes que comienzan a trabajar aceptan como cosa natural. La división del trabajo en producción, administración, comercio y comunicación, ha dado por resultado un creciente número de actividades especializadas que exigen una formación y unas técnicas especiales. A esta tendencia se la puede denominar “profesionalización”, y reflejada queda en una serie de tipos reconocidos de adiestramiento especial que aumenta sin cesar. Los mismos trabajadores ponen mucho amor propio en sus “funciones profesionales” (aunque al mismo tiempo subsista fundamentalmente esa idea que tienen del lugar que ocupan en la sociedad, en el sentido de que “nosotros” estamos “abajo” y “ellos” están “arriba”).

Adquiere más fuerza la “profesionalización” porque tradicionalmente se atribuye una elevada categoría social a los oficios y artesanías y porque la industria automatizada exige ahora ciertos tipos de trabajo especializado que se aproximan al de los “técnicos” y “burócratas”.

Los jóvenes crecen en un mundo que considera la “capacitación” y la “especialización” como elementos importantes para lograr la seguridad.

Según demuestran los datos estadísticos, en los últimos decenios ha habido un desplazamiento de personal dentro de las ocupaciones. Como consecuencia del progreso tecnológico, con menos personas se produce más. En cambio, se necesita más personal para los procesos de planificación, preparación e inspección, para reparar maquinaria complicada, para distribuir mercancías y para los servicios en general. Hasta el momento, la expansión económica y la reducción de horas de trabajo, han conjurado en general el peligro del desempleo. Ahora bien, los obreros de las industrias que están en proceso de disminución se hallan en situación distinta, por lo que, para ellos, las perspectivas de seguridad pue-

La juventud y el medio

den ser totalmente diferentes y muy otra la actitud para con el cambio tecnológico.

Hay muchos obreros especializados que, para poder conservar el empleo, han tenido que aceptar trabajos semiespecializados, con lo que sufren un descenso no sólo de categoría profesional sino en la remuneración también. Son menos los que han podido adquirir una capacitación ulterior para poder ascender.

El comportamiento que se les exija a los trabajadores variará de acuerdo con la fase de desarrollo industrial y de progreso técnico. La disciplina, la puntualidad, la precisión en los trabajos manuales, la resistencia física, la paciencia y la constancia en las tareas reiterativas, y sobre todo, la laboriosidad y la diligencia, siguen siendo la base de la conducta aceptable "en el trabajo". Sin embargo, las nuevas actividades, si bien exigen de ciertos esfuerzos físicos y psicológicos, pueden acarrear otras exigencias, como por ejemplo la necesidad de dedicarse a procedimientos técnicos que exigen escasa o ninguna intervención práctica en el proceso de la producción, pero que imponen grados de responsabilidad distintos.

La inmensa mayoría de los jóvenes consiguen empleo al terminar la enseñanza obligatoria, aunque son cada vez más los que prosiguen su educación, en centros de formación profesional o en escuelas de segunda enseñanza, colegios técnicos y universidades. Se advierte una tendencia general a prolongar la escolaridad, si bien esto no afecta más que a una tercera parte de los jóvenes en edad de abandonar la escuela. Casi todos los muchachos que salen de ella comienzan el aprendizaje de una técnica reconocida. Tan sólo un pequeño porcentaje se adiestran en trabajos semiespecializados, y son menos aún los que se dedican a trabajar sin previa capacitación. Con las mujeres es muy distinto, pues son muchas más las que obtienen una formación semiespecializada que las que se dedican a un aprendizaje completo. Se confirma así el gran valor que se concede a la formación profesional para los hombres, por la seguridad que parece ofrecer en el empleo. Cuando se trata de mujeres, suele concedérsele menos importancia a este aspecto: un empleo es una forma útil de aprovechar el tiempo que media entre el momento de salir de la escuela y el de contraer matrimonio.

En los países más industrializados, es un derecho constitucional de todo ciudadano elegir libremente la formación, la educación y el lugar de trabajo, aunque en la práctica esta libertad se ve muy coartada. A pesar

de la existencia de servicios de orientación profesional, los factores principales que determinan la elección de una profesión son las circunstancias familiares y socioculturales y la situación del mercado laboral. Inconscientemente, las aptitudes e inclinaciones de los jóvenes se adaptan a estas "realidades de la vida", bajo pretexto de una "elección personal".

La modalidad de formación profesional que impera sigue fundándose en estructuras y normas tradicionales. Se adiestran en las artes y oficios más jóvenes de los que se necesitan, mientras que son harto escasos los que se forman en las técnicas industriales. Además, para la capacitación para la industria se han seguido los métodos utilizados en la enseñanza de las artes y oficios, como por ejemplo el procedimiento de aprendizaje por imitación. Condenadas han quedado cualidades como la iniciativa y la imaginación. Junto a este sistema "autoritario" de instrucción, existen ciertas normas de conducta y relaciones dentro de la jerarquía de la instalación. Se afirman como valores absolutos del trabajo, la obediencia y la subordinación, sea pertinente o no.

Con frecuencia se dice que la fase de transición de la escuela al trabajo es singularmente difícil. Quizás sea esto cierto para algunos jóvenes, pero en general esta transición resulta más fácil de lo que pudiera creerse en vista de la diferencia entre los dos ambientes. Para aquellos jóvenes que no han tenido nunca posibilidad u oportunidad de seguir estudios posteriores, el final de la escuela y el comienzo del trabajo significa dejar de ser niños y convertirse en adultos, que es precisamente lo que desean. La fase más difícil se produce al año o dos de haber iniciado el aprendizaje, que es cuando empiezan a darse cuenta de las realidades de la vida y aparecen nuevas formas de subordinación y autoridad que paralizan sus esfuerzos por lograr independencia, saber, y para que se les reconozca como individuos. Así lo confirma la proporción, relativamente elevada, de fracasos en el aprendizaje. Al joven que experimenta la sensación de fracaso en los primeros años de su trabajo puede resultarle siempre difícil avenirse a las normas y valores del mundo en que ha fracasado.

Es frecuente que los jóvenes pasen de una ocupación a otra. Los criterios que influyen en estas variaciones son, ante todo, los buenos salarios, la mayor cantidad de tiempo libre y las mejores condiciones de trabajo. Esta clase de inestabilidad se puede denominar "movilidad disfuncional" ya que no corresponde ni a nuevas necesidades industriales ni a una auténtica movilidad profesional o mental en cuanto mérito del individuo, y obedece principalmente a la discrepancia entre la formación

La juventud y el medio

y las necesidades del mercado laboral. Para el joven, supone un período de "tanteo" antes de adaptarse definitivamente al trabajo. Y hay quien parece gozar de una sensación de libertad de elección que es una compensación al haber reconocido que los sueños en una carrera profesional o social se han acabado ya. Los más inteligentes quizás desechen esa actitud de resignación y conformidad e intenten seguir el más arduo camino de la educación y la formación ulteriores. Pero la elevada proporción de jóvenes que abandonan prematuramente los estudios, indica hasta qué punto se adaptan mal las instituciones de enseñanza más avanzada a las necesidades del joven trabajador. Tiene, pues, que resultar muy duro el fracaso que esto representa para quienes han advertido la importancia de la educación como medio de mejoramiento social, sin que al parecer su iniciativa obtenga el premio apetecido.

LA JUVENTUD Y LA SOCIEDAD

1) *La situación demográfica*

Hay en el mundo más de 600 millones de personas entre los 12 y los 25 años de edad. Se calcula que en el grupo de edad de los 15-24 años, su número se habrá elevado de 519 millones a 1128 en el período de 40 años que transcurran de 1960 al 2000.

Aunque en Europa el aumento no ha sido tan espectacular, lo probable es que continúe, pero a ritmo decreciente:

Estimación de la población de 15-24 años (en millares)

	1965	1970	1975	1980
Europa (excluida la URSS)	65.768	71.356	72.627	73.723
URSS	31.836	40.581	47.306	48.374

Sin embargo, estas cifras ocultan las notables variaciones experimentadas en el plano nacional. Por ejemplo, en Turquía se espera que el número de personas de 15-24 años de edad aumente de la cifra de 5,3 millones de 1968 a casi 8 millones en 1976. En Francia, el número de estudiantes universitarios ha pasado, en una generación, de 50.000 a 600.000, y de 10.000 a 60.000 en Bélgica; en consecuencia, en las carreras universitarias entran más el anonimato, la indiferencia y el elemento suerte.

Quizás sea más importante todavía la variable estratificación por edades de la población.

Porcentaje previsto de distribución de la población por grupos de edad, 1960-80

		0-14 años	15-24 años	25-64 años	65 años
Europa (excluida la URSS)	1960	25,7	14,5	50,0	9,8
	1980	23,0	15,2	48,7	13,1
URSS	1960	30,8	16,2	46,8	6,2
	1980	26,1	17,4	47,0	9,5

La tónica general es de aumentos en dos grupos de edad —15-24 años y 65 años o más— a expensas, por así decirlo, de los otros dos: los que corresponden al que llega hasta los 14 años de edad y al conjunto principal de la población trabajadora. Esta proporción variable influye de manera directa en la mayoría de los demás factores que han de citarse, entre ellos las actitudes y el comportamiento recíproco entre jóvenes y adultos.

2) *Situación y función de la juventud*

No se ha llegado en casi ningún país a una definición exacta de lo que es un “joven”, ni existe un criterio generalmente aceptado acerca de la función de la juventud en la sociedad. La ley establece con frecuencia límites diversos y contradictorios de edad, que rigen el derecho de votar, la edad de la responsabilidad criminal, el derecho a contraer matrimonio (con o sin consentimiento de los padres), la obligación del servicio militar, las condiciones de protección al trabajo, el derecho a conducir un vehículo de motor, la obligatoriedad de la educación, etc. En muchos países se estudia la conveniencia de reducir la edad a que pueden votar los jóvenes, a saber, de 21 a 18. Por otra parte, cada vez es mayor el número de jóvenes que inician su vida “adulta” y de trabajo a edad superior a la que lo hacían las generaciones anteriores. Cada vez hay mayor distancia entre el momento de alcanzar la madurez fisiológica y sexual y aquél en que la sociedad reconoce la madurez del individuo: “si se llega a la pubertad a los 15 años y una mujer se casa a los 17, la demora entre lo fisiológico y lo social es mínima. Ahora bien, si se llega a la pubertad a los 12 años y el matrimonio es a los 20, la situación cambia por completo. No existe nada en nuestro sistema para tener en cuenta estos hechos” (Washburn, 1964).

La juventud y el medio

No es de extrañar por eso que se observen entre los estudiantes muchos síntomas de alteraciones individuales y colectivas, no sólo por constituir ellos el sector más articulado y perceptible de la juventud, sino también porque, paradójicamente, se les considera los más "ignorantes socialmente".

3) Normas de la sociedad

La atmósfera de incertidumbre y ansiedad material y moral en que viven muchos adultos la proyectan sobre sus hijos y éstos, a su vez, tornanse inquietos y tratan de huir de esa ansiedad escapándose y formando sus propias sociedades juveniles. Es un hecho que, si bien el mundo del adulto rechaza muchas veces la vieja moral y conformidad, no es capaz de ayudar a la generación más joven a forjar una nueva moral. Al abandonar o poner en tela de juicio los clásicos sistemas de valores sin buscarle sustitución, "exponemos a nuestros hijos a una especie de suicidio por repugnancia y desaliento" (Chazal, 1961). La misma sociedad parece demostrar, con su escala de remuneraciones económicas, que se le concede mayor valor a un guitarrista popular y a quien triunfa en la industria y el comercio, que a los maestros, a los que se consagran al mejoramiento social y a los ministros de una religión. El hecho de que las escuelas señalen normas éticas y formas de proceder únicas, absolutas y rígidas, dejando a los jóvenes la tarea de descubrir por sí solos la verdadera relatividad de los principios de conducta, puede crear una inseguridad. Ese descubrimiento puede producir una dolorosa crisis emocional que conduzca al cinismo y al nihilismo moral (Bauman, 1967).

Los jóvenes reaccionan no sólo contra la hipocresía de la sociedad adulta, sino contra la ignorancia y el atraso del adulto. Este tipo de conflicto no es nada nuevo, en rigor, pero se agudiza e intensifica más con cada generación que pasa. En una sociedad tecnológica donde los cambios se suceden con enorme rapidez, son los técnicos y profesionales más jóvenes y que más recientemente se han titulado, y no los de mayor edad y más experimentados, los que poseen un mejor conocimiento —y en algunos casos el único— y un mayor dominio de los métodos necesarios para poder sobrevivir en un mundo en el que tan grande es la competencia.

Por supuesto, hay que precaverse contra los peligros de la generalización. Varían las condiciones no sólo de una sociedad a otra, sino den-

tro de las distintas sociedades y, sobre todo, dentro de la amplia escala de niños y adolescentes a quienes abarcan las expresiones “gente joven” y “jóvenes”. Sin embargo, todo el mundo parece estar de acuerdo en que existe una vigorosa interacción entre el estado general de la sociedad adulta y la situación particular de la juventud.

Los jóvenes han dado pruebas cada vez mayores de la energía con que se oponen a esa “manipulación” a que se sienten sometidos por la mayoría de las instituciones establecidas de la sociedad, entre otras, el sistema de enseñanza, los partidos políticos, los intereses comerciales e incluso las sociedades y organizaciones fundadas concretamente para ellos. En los países en donde el individuo está en libertad de pertenecer o no a ellas, las organizaciones juveniles —patrocinadas o no por el gobierno— no atraen más que al 30-35 % de la población a la que pretenden servir y, por regla general, no establecen contacto con los jóvenes que revelan síntomas de inadaptación o tensión mental.

4) *Las relaciones personales*

Es corriente que se tengan ideas equivocadas respecto al desapego de los jóvenes para con sus familias; a pesar de ello, las investigaciones hechas acerca de las relaciones familiares de los adolescentes parecen indicar que éstos, en su mayoría, estiman que son sus padres los que más cerca de ellos están, los que mejor les entienden y en quienes más pueden confiar. Y esto sigue siendo cierto, aunque la mayoría de los jóvenes pasen menos tiempo que antes junto a sus padres y pese al hecho —o quizá por razón del mismo— de que los padres no tengan ya una influencia tan coherente y decidida sobre las preferencias educacionales, profesionales, políticas y religiosas de sus hijos, sobre todo cuando éstos llegan a la adolescencia. Demuestra también la investigación que intervienen poderosas variables socio-culturales, según la clase, el medio urbano o rural, y la base religiosa, política y cultural (Rosenmayer, 1968).

En este aspecto general, la situación de la familia y, sobre todo, de los padres, es ambivalente. ¿Qué actitud piensa la sociedad que deben adoptar hoy día los padres para con sus hijos adolescentes, y qué grado de restricción o liberalidad es saludable o conveniente? Desde luego, este problema ha de estudiarse más a fondo, si se quiere aunque no sea más que ayudar a los padres y demás adultos interesados a cumplir con sus obligaciones con eficacia y sin culpa. Sin duda, los jóvenes siguen te-

niendo necesidad de la información y los servicios que tradicionalmente les han sido facilitados por la familia o a través de ella. Actualmente, la situación está variando, pero subsiste el problema de cuál ha de ser la procedencia de estos servicios y datos. Acaso los profesionales pudieran contribuir a proporcionarlos en colaboración con esa red oficiosa de servicios de "autoayuda" que han creado casi todos los subgrupos culturales de la juventud.

5) *Cultura juvenil: presiones y conflictos*

Pueden tender los jóvenes a una fácil complacencia y a la satisfacción inmediata en un plano superficial; toda tendencia de este tipo parece haberse agravado con las presiones que se derivan de la comercialización del ocio, de la explotación del mercado de la juventud en una sociedad de consumo y de que los medios de comunicación de masas —en particular las grabaciones musicales, el cine, la radio y la televisión, y la prensa y las revistas ilustradas— se hayan concentrado sobre la juventud. Quienes traten de evitar ese estímulo, serán los que tengan que realizar el esfuerzo. Por otra parte, aumenta constantemente la complejidad de la tecnología y de la moderna administración, lo que viene a añadir, al parecer, la nueva carga de la prolongación de los estudios sobre esos mismos jóvenes que necesitan adquirir más información cada día y aprender técnicas más complicadas. Resultan, pues, evidentes los posibles conflictos, así como el acicate de la rebeldía o la huída. La red de comunicación, ya sea pública o clandestina, es compleja y extensa: conocidas son internacionalmente las distintas formas de protesta que surgen como modelos en el espacio de unas horas, desde la autoinmolación por el fuego a la adopción de un estilo de cortarse los cabellos. Además de esos medios de comunicación de masas, gracias a los transportes rápidos y baratos (sin olvidar el "auto-stop"), los contactos personales son más fáciles que en generaciones anteriores y contribuyen al desarrollo de una cultura internacional juvenil. Es difícil establecer hasta qué punto es ésta "sintética" y fabricada por los intereses comerciales o políticos y en qué medida se halla inspirada por los ideales de la solidaridad y la fraternidad internacionales. Indudablemente, para algunos jóvenes, las necesidades de los países en desarrollo y la repugnancia intrínseca de las sociedades más ricas a hacer ningún sacrificio para ayudar a las más pobres, son algunos de los motivos actuales de protesta contra la dúplice escala de valores del mundo adulto. En tanto unos se apartan hacia un

nacionalismo extremo y un desprecio por el débil, otros prefieren rechazar parcial o totalmente los valores y objetivos materiales de la sociedad en que viven. Pues que se hallan en un mundo que, a su entender, lo componen la violencia, la política del poder, la explotación, la manipulación, el egoísmo y la supremacía de los valores materialistas, no resulta superfluo preguntar si semejante modo de comportarse es un síntoma de adaptación mental o de trastorno mental.

No es muy buena la calidad de los datos de que se dispone sobre la juventud y sus problemas en la sociedad. Puede que sean muchos en cantidad, pero se hallan muy dispersos, intervinieron en su acopio múltiples organismos distintos (científicos, comerciales, etc.) y quizás algunos sean tendenciosos. Lo que ha de pedirse quizás, no es más investigación, sino más coordinación, y sobre todo, que se apliquen los resultados de las investigaciones ya emprendidas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BAÚMAN, Z.: *Some problems in contemporary education*. Int. soc. Sci. J., 19, N° 3, 326 (1967).
- CHAZAL, J.: *La prévention de l'inadaptation sociale des enfants dan les grandes villes*. París, Centro Internacional de la Infancia, pág. 124 (1961).
- CORER, G.: *Anthropologist*. En: "Teenage morals", Wáshington, D.C., American Council on Education Press, pág. 11 (1961).
- HICTER, M.: *The role of youth in a sick world*, Estrasburgo, Consejo de Europa (Documento N° 2432), 1968.
- MORRIS, B.: *Examinations as instruments of educational reform*. Bull. Inst. Phys. (Lond.), 15, 8 (1964).
- ROSENMAYR, L.: *Towards an overview of youth sociology*, Int. soc. Sci. J., 20 N° 2, 286 (1968).
- WASHBURN, S.: En: Berelson, B. y Steiner, G. A., *Human behaviour: an inventory of scientific findings*, Nueva York, Harcourt, Brace & World, pág. 83 (1964).